

En el aula. Último día de curso.

Me nombran secretaria. Una expedición de chicas y chicos del instituto recorreremos el Camino de Santiago en julio, a patita, como en la Edad Media, y yo seré la cronista. Iremos acompañados por Lidia y Kepa, profesores de Historia ambos. A Kepa lo apodamos Tiquismiquis, porque no pasa una y puntúa a base de 0,1 en las evaluaciones. Lidia es más normal, más generosa, aunque cuando se pone seria...

Al regresar del viaje, tendré que suprimir un montón de partes del informe, y palabritas como tiquismiquis, pero de primeras no me voy a cortar un pelo. Cuando pase esto a limpio, ya recortaré lo que haya que recortar.

De la parte práctica del viaje se ha encargado Lidia: dónde dormiremos, una lista de lo que conviene que llevemos en la mochila, qué comeremos, llamadas a los albergues... La parte teórica la ha preparado Kepa, que ha puesto un título a nuestro viaje: *Anso Lizarra y los templarios*. Es especialista en historia medieval

y ha estado investigando acerca de los templarios; nos ha prometido que durante el viaje nos contará las andanzas de un famoso templario navarro. Uno de mi clase, Aitor, un poco bobalicón, que pretende ser mi novio a toda costa pero que a mí no me va, ha preguntado a ver si podrá ponerse los auriculares del móvil mientras aguanta la chapa de Kepa. Tiquismiquis lo ha fulminado con la mirada; le ha respondido que si está en ese plan será mejor que se borre del viaje.

—A este no se le puede gastar ni una bromita —ha musitado Aitor—. A ver quién aguanta las historias de semejante chaposito. ¡Menudo muermo! Cortará la historia en trocitos de 0,1.

Ha habido risitas a su alrededor. Kepa lo ha amenazado con expulsarlo de clase si no se está calladito. Y ha aprovechado para avisar: nada de alcohol ni sustancias raras, nada de móviles. Un murmullo de protesta se extiende por el aula; lo de los teléfonos no creo que lo vaya a cumplir nadie. Ni yo. Me parece incluso imprudente no llevar móvil. Al marcharse Kepa, hemos quedado en que los esconderemos bien, pero no prescindiremos de ellos. Los usaremos para llamar a casa. Lidia hará como que no se entera y nos ha dicho que Kepa con su prohibición pretende que no estemos todo el día enganchados al móvil; si somos discretos, hará la vista gorda, pero si nos pasamos, ya sabemos cómo se las gasta.

He arrancado con mi labor de secretaria nada más salir del instituto. Lidia me ha prestado un libracito con un montón de información. Por otra parte, en internet hay artículos y opiniones para aburrir. Antes, en la reunión, Aitor ha preguntado por lo bajo a ver de dónde proviene esta paranoia de peregrinar a Santiago. Menos mal que Kepa no se ha enterado. Pero la pregunta tiene su miga. Parece ser que a comienzos del siglo IX se extendió la noticia (o el bulo, según Aitor) de que se habían descubierto los restos óseos del apóstol Santiago en Galicia. La pasión por peregrinar al lugar, que dieron en llamar *Campus Stellae* ('Campo de las Estrellas', actualmente Compostela) se fue extendiendo como un reguero de pólvora por toda Europa. Alfonso II, rey de Asturias, mandó construir una iglesia allí; el enclave se convirtió en uno de los principales centros de peregrinación de la cristiandad y dio origen al actual Camino de Santiago. Por esta vía se expandieron en la península los nuevos estilos arquitectónicos que triunfaron en Europa y que tienen mucho que ver con Anso Lizarra, constructor navarro al servicio de los templarios, que será el gran protagonista de esta narración. También se propagaron a través del Camino muchas novedades y modas musicales y literarias, y cómo no, ideas religiosas, herejías, comercio, robos, enfermedades. Precisamente la peste acabó con la «moda» del Camino, que tardaría siglos en ser recuperada.

El Camino de Santiago recibió también la influencia de las cruzadas, y los caballeros templarios jugaron un papel muy activo desde Santiago hasta Jerusalén, hecho que constituirá una de las claves de la historia de Anso Lizarra. Así que, en nuestro viaje, iremos acompañados por un caballero templario que nos impregnará del «espíritu» del Camino y nos acompañará en nuestra aventura a través de las maravillas arquitectónicas y de los recuerdos históricos que vamos a contemplar y revivir.

Por hoy, no escribiré más. Veintiún alumnos y dos profesores, preparados para patear los caminos. Hasta julio.

## Z

¡Qué fuerte! ¡Me muero de sueño! Partimos rumbo a Roncesvalles a eso de las cuatro y media de la mañana en un microbús, hacia la frontera de Navarra con la Baja Navarra francesa. Todos se van quedando dormidos mientras avanzamos por la sinuosa carretera. A Kepa se le nota algo nervioso; no para de examinar sus papeles. Lidia ronca recostada en su asiento, justo delante de mí. Tendré que situarme lejos de ella por las noches; si no, igual no pego ojo.

Tras un viaje de unas tres horas, ya en Roncesvalles, nos negamos a bajarnos del microbús; está lloviendo, y una densa niebla lo cubre todo.

—¿Y tenemos que echar a andar en estas condiciones? —se queja Aitor, expresando lo que también sentimos el resto.

—¡Venga, abajo todos! —ordena Kepa con brusquedad.

—Acumulamos 0,1 segundos de retraso —musita Aitor.